

LECTURA

la cosmovisión franquista precisa mostrar el mal causado por el enemigo como resultado de una patología social. De ahí los experimentos con prisioneros de guerra y políticos a cargo del psiquiatra Vallejo-Nágera, que no sabemos en qué podrían haber derivado si en 1943 no hubiese cambiado el signo de la Segunda Guerra Mundial.

En definitiva, el profesor Sevillano nos guía hacia la comprensión de la propaganda como representación colectiva del enemigo, para su desvalorización moral, y vehículo justificatorio de la represión. Pero con tiempo para reflexionar sobre su enorme utilidad si de lo que se trataba era de enaltecer la labor de los vencedores: ante tan poderoso y maligno enemigo, oculto bajo la máscara de la conspiración judeo-masónica-comunista-separatista, el alzamiento o cruzada de liberación se convierte en hazaña inigualable. En un sacrificio para el que sólo estarían capacitados quienes más sienten y aman a España, y que es el que otorga el beneficio de la administración de la Victoria.

José L. Rodríguez Jiménez

JOSÉ ANTONIO FERRER BENIMELI

Jefes de gobierno masones. España 1868-1936

Madrid, La Esfera de los Libros, 2007, 390 pp.
ISBN: 978-84-9734-665-8

Los estudiosos de la historia de la masonería española han estado de enhorabuena en 2007, gracias a la edición de una larga serie de investigaciones de interés. Entre las obras que queremos destacar figura *La masonería española en la época de Sagasta* (Zaragoza, Gobierno de Aragón, 2007), en dos volúmenes coordinados por el profesor José Antonio Ferrer Benimeli y que recogen las actas del XI Symposium organizado por el Centro de Estudios Históricos de la Masonería Española (Logroño, 2006). Sus páginas cubren las siguientes secciones: Sagasta y la masonería en la prensa, Sagasta y su entorno, Biografías masónicas, De la crisis colonial a la Segunda República, Relaciones Internacionales, Los otros, Sagasta, Entre liberalismo y revolución, Antimasonismo y antiliberalismo y Masonería regional. También, entre otras publicaciones, resulta de interés el libro de María José Lacalzada, profesora

del Departamento de Psicología y Sociología de la Universidad de Zaragoza, *El cimiento mixto en masonería. El derecho humano en España (1893-1963)* (Zaragoza, Fundación María Deraiemes, 2007). Esta obra narra la historia de los hombres y mujeres que, en el primer tercio del siglo XX, fundaron las primeras logias masónicas mixtas en España y cómo la mujer fue partícipe de la masonería de aquel tiempo, y, además, plantea el pensamiento de los masones respecto al género.

Pero no hay duda de que, en un año en que la pseudohistoria y la propaganda antimasónica a cargo de hagiógrafos del franquismo y comunicadores en medios de la derecha antiliberal han vuelto a hacerse presentes en las superficies de los centros comerciales, es obligado destacar la pluma de Ferrer Benimeli, ahora con *Jefes de gobierno masones. España 1868-1936*. El magisterio de Ferrer Benimeli, profesor de Historia Contemporánea en la Universidad de Zaragoza, en el estudio de la masonería es indiscutible en España. Además de presidir el Centro de Estudios Históricos de la Masonería Española desde 1983, y de coordinar los volúmenes de las actas de los *Symposia Internacionales de Historia de la Masonería Española e Hispanoamericana*, a él se deben numerosos artículos, conferencias y libros acerca de esta cuestión desde la perspectiva de la disciplina intelectual que es la Historia; un clásico sobre las teorías conspirativas, siempre tan activas, nos lo ofreció en *El contubernio judeo-masónico-comunista* (1982).

El libro al que ahora nos referimos indaga en la obra política de Juan Prim, Manuel Ruiz Zorrilla, Práxedes Mateo Sagasta, Segismundo Moret, Manuel Azaña, Alejandro Lerroux, Diego Martínez Barrio, Ricardo Samper, Manuel Portela Valladares y Santiago Quiroga, que son los miembros de logias masónicas que han accedido a la jefatura del Gobierno de España en el transcurso del período comprendido entre la Revolución de 1868, cuando la masonería adquiere relevancia por primera vez en nuestro país, y la sublevación militar de julio de 1936. Por lo tanto, el libro excluye en su desarrollo a los masones que ejercieron la jefatura del Gobierno entre aquel 18 de julio y la disolución de la República española en el exilio, en 1977: José Giral, Rodolfo Llopis, Álvaro de Albornoz y Fernando Valera.

El libro aporta datos e interpretaciones de interés. Los cuatro primeros políticos citados fueron

miembros del Partido Progresista, y tres de ellos protagonistas directos de la Revolución de 1868 que trajo la Primera República. El resto de los personajes de los que aquí se trata desempeñó un papel importante en la historia de la Segunda República española. Pues, desde 1931 a 1973, la jefatura del Gobierno de la República estuvo presidida en varias ocasiones por miembros de logias masónicas. Sin embargo, esa circunstancia no se da en el período de Alcalá Zamora (abril-octubre 1931), los dos de Joaquín Chapaprieta (septiembre-octubre 1935, octubre-diciembre 1935), y casi nunca durante la Guerra Civil, ya que ni Largo Caballero ni Negrín pertenecían a esa organización. Y, por el contrario, en la República en el exilio vuelve darse un predominio de gobiernos presididos por masones, dado que, de seis, sólo dos no lo fueron. De los catorce casos estudiados, únicamente tres alcanzaron los máximos cargos en la masonería: Ruiz Zorrilla, Sagasta y Martínez Barrio.

El libro incide en dos cuestiones: el material documental que avala la condición de masón de cada uno de los personajes que son objeto de estudio, apuntando, entre otras cosas, la distinta intensidad con que vivieron su condición de miembros de una logia, desde la lealtad masónica de Martínez Barrios a la militancia breve y anecdótica de Azaña (aunque es el único jefe de Gobierno que ingresa en la masonería en pleno ejercicio de su cargo); y en los vínculos entre la condición de masón y el acceso a cargos políticos en los casos de Ruiz Zorrilla, Sagasta, Lerroux, Portela Valladares y Casares Quiroga. Se centra en explicar cómo entendían la masonería y la política los personajes tratados. Como era de esperar el autor cuestiona el escaso rigor científico de no pocas publicaciones y encuentros realizados en centros académicos españoles en torno a la masonería, los falsos tópicos tan presentes en un tema como éste, y en un país como España, con una clase política largo tiempo entusiasta de las teorías conspirativas, y entra a considerar la obra de quienes, apologistas y detractores, han escrito acerca de si la masonería fue política o no, y si los masones hicieron política.

Lo hace para concluir que con estas posturas se pretende justificar enfoques que responden a ideologías concretas. Respecto a los detractores dice que «da la sensación de que manipulando la supuesta acción política llevada a cabo por la ma-

sonería o por los masones españoles pretenden justificar —o al menos exculpar— las consecuencias exterminadoras de pasados complots o contubernios, o avisar de los peligros que se avecinan con la política llevada a cabo por quienes son calificados de masones como explicación simplista e interesada de oscuras y secretas militancias». Asimismo, pese a lo mucho escrito por los conspiradores contra la República, el profesor Ferrer demuestra la inexistencia de unidad de acción masónica para influir en política, excepto en los años de la Guerra Civil, cuando el conflicto no era entre partidos sino entre ideologías, y la elección no ofrecía dudas. Esta cuestión queda evidenciada no sólo en los documentos de las logias, con recomendaciones explícitas de establecer una clara distinción «entre el ciudadano y el masón, entre las reuniones simbólicas y los debates políticos o enjuiciamiento de personas», como escribe el autor, sino también, entre otros ejemplos, en el voto a la candidatura al trono español de Amadeo de Saboya, y en los enfrentamientos políticos en el hemiciclo de las Cortes de la Segunda República entre individuos pertenecientes a la masonería pero miembros de distintos partidos. Esta realidad no impidió, sin embargo, que el hecho de que en el Gobierno republicano de 1931 hubiese seis masones entre sus once miembros, fuese utilizado por la derecha antidemocrática para organizar una campaña de propaganda contra la República (*Gracia y Justicia, El Siglo Futuro*, las *Ediciones Antisectarias* del sacerdote Juan Tusquites, textos del policía Mauricio Carlavilla). Y para, con un éxito notable, reorganizar sus filas, desorganizadas tras el cambio de régimen.

Se trata de un libro que ayuda a interpretar de forma objetiva dos etapas de nuestra historia. Ambas tuvieron como particularidad la existencia de vínculos entre miembros de la clase política y la sociedad masónica. Esta circunstancia se explica, en parte, por el hecho de que el programa de determinados partidos coincidía parcialmente con el ideario masónico, también por la existencia de cierto número de masones que confundían las logias «con vulgares asociaciones políticas», en expresión crítica de Martínez Barrio, y, asimismo, porque algunos vieron en la masonería y en la política, como siempre ha sucedido, espacios para la búsqueda de recomendaciones y logros personales. No obstante, queda documentado que en el caso

LECTURA

de los masones que llegaron al Gobierno casi nunca prevaleció su condición de tales sobre la disciplina de partido.

José L. Rodríguez Jiménez

RAMÓN GARCÍA PIÑEIRO

Fugaos. Ladreda y la guerrilla en Asturias (1937-1947)

Oviedo, KRK Ediciones, 2007

ISBN: 978-84-83670-75-0

El modelo español de transición a la democracia produjo importantes efectos secundarios: el olvido selectivo del pasado, por ejemplo. «La transición implicó un pacto contra la memoria histórica», sostiene Gabriel Jackson, y ese cambalache político alimentó notables desperfectos historiográficos. En una España reconciliada con su pasado por decreto-ley, a los huidos y guerrilleros de la posguerra se les reservó el lugar de los parias. A diferencia de los políticos del exilio, recuperados en olor de multitudes, los resistentes siguieron confinados en las zonas de sombra. No parecía conveniente reivindicar a unos hombres que habían llevado su discurso político hasta las últimas consecuencias –con el riesgo de sus vidas– e impugnado al franquismo por las armas. Hombres que, siguiendo los códigos narrativos del franquismo, podían ser acusados, al menos simbólicamente, de «delitos de sangre», pues en la España del posfranquismo los vencidos aceptaron las condiciones políticas de los vencedores, e incluso su versión del pasado. Una historia a la carta.

El episodio de los maquis –la única oposición digna de tal nombre en la posguerra, como afirma Paul Preston– continuó en los márgenes de la historiografía una vez desaparecido Franco, hasta mediados de los ochenta. Los libros más conocidos estaban firmados por guardias civiles, policías o supervivientes. Propaganda sobre propaganda; en muchos casos, una gavilla de maledicencias políticas y personales contra los huidos. La única excepción la representó el estudio sobre la resistencia gallega del alemán Hartmut Heine, un auténtico pionero. Pese a todo, y como cantaba Dylan, los tiempos estaban cambiando. Coincidiendo en el tiempo con la llegada de los socialistas al poder, una nueva

generación de científicos sociales, que por edad no habían conocido ni la guerra ni la posguerra, impulsó el estudio de la oposición armada contra Franco. Aunque se movían en los márgenes académicos oficiales, anudaron un conjunto de estudios regionales caracterizado por la solvencia metodológica, un importante trabajo de fuentes –de complicado acceso por entonces– y la independencia de criterio.

Entre los francotiradores de esa historia desplazada de las preocupaciones centrales en el debate historiográfico destacó, desde comienzos de los noventa, el historiador asturiano Ramón García Piñeiro. Su aportación a un trabajo colectivo publicado en 1990 –*El movimiento guerrillero en los años cuarenta*– me pareció en su día modélico, pues significaba una ruptura con el paradigma narrativo dominante, aunque fuera en la línea Hayden White, y respuntaba en unas pocas páginas un análisis riguroso sobre los huidos de Asturias, uno de los territorios cualitativa y cuantitativamente más importantes de la España del maquis. El estudio anudaba cuestiones que no se reprodujeron en otras regiones, como la rivalidad de socialistas y comunistas, y otras que fueron comunes, como las tensiones entre los *fugaos* de los primeros tiempos, que habían permanecido en el monte desde el final de la guerra, y los *maquisards*, procedentes de Francia. La oposición armada dejaba de ser un campo abonado a las anécdotas, a las leyendas, y se transformaba en un escenario de controversias políticas, que, además, reproducían miméticamente las polémicas que se estaban produciendo entre los españoles del exilio. Los montes aislaron a los guerrilleros, pero no les evitaron la división de los vencidos: la Unión Nacional Española y la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas también envenenaron las relaciones personales entre los huidos.

La segunda aportación de García Piñeiro –*Los mineros asturianos bajo el franquismo*, también de 1990– no era, como refiere su título, un texto monográfico sobre la resistencia armada. Pero los huidos tenían, como no podía ser menos, una presencia notable en el libro. La importancia del mismo radicaba en la indagación sobre la mina y las condiciones de trabajo de los mineros como vivero de resistentes. Frente a la tesis del guerrillero como un elemento extrahistórico que, por motivos no siempre suficientemente explicados